

de los hombres si hubiera incurrido en la infamia de ofenderte.

— En todo caso, replicó ella, se hubiera usted ofendido á sí mismo..... Yo no lo hubiera creído nunca, y aún ahora mismo no quiero creerlo.

Él dijo :

— De todos modos no me negarás el perdón que necesito.

— ¡Perdón! exclamó Magdalena..... ¿y para qué? Si hay ofensa es imperdonable, y si no la hay el perdón es inútil.

— Esas palabras, añadió Javier, son rencorosas.

— Juro, contestó ella con verdadera majestad, que no guardo en mi corazón rencor ninguno.

Y como si quisiera dar testimonio de la sinceridad de sus palabras, se sentó de nuevo al pie de la ventana, atrajo hacia sí el costurero, y se puso á coser tranquilamente.

Javier creyó que la tempestad había pasado, y cogiendo una silla la colocó á una distancia respetuosa de Magdalena y se sentó suspirando : él también quería ser generoso.

Después de un largo silencio dijo :

— Magdalena, conozco que no puedo inspirarte ni un átomo siquiera del amor que yo siento..... Hay alguien sin duda que me roba tu corazón.

La costurera estuvo á punto de dar salida á un profundo suspiro ; mas no se sabe por qué lo ahogó en el fondo de su pecho.

— Hablemos de otra cosa, dijo.

— No, replicó Javier; hablemos de lo mismo, y sea ésta la última vez que hablemos de ello.

Magdalena miró á su interlocutor y se sonrió diciendo :

— Siendo la última vez, hablemos.

Tal vez se crea que quiso dulcificar con la mirada y con la sonrisa la dura crueldad de sus palabras, y acaso deba creerse que con la una y con la otra sólo significó su deseo de que fuera la última, y su temor de que no llegara á serlo.

Mas sea como quiera, la sonrisa fué dulce y la mirada afable, cosa bien natural por cierto, á pesar de hallarse tan reciente la escena que hemos presenciado, pues las mujeres

perdonan, olvidan fácilmente las ofensas que reciben si la causa de ellas es el amor que inspiran.

Al fin y al cabo aquel hombre estaba enamorado..... y aunque ella no tenía la culpa de ser tan hermosa, claro está que su hermosura, esto es, el poder de su atractivo, era la causa de aquella pasión, y la pasión era la que había producido aquel arrebato de ternura..... Vamos..... á los ojos de Magdalena empezaba el Duque á parecer disculpable..... ¡Pobre hombre! estaba loco.

Por otra parte, en las almas nobles la victoria es generosa, y Magdalena había obtenido un triunfo completo: al primer rayo de su enojo había doblado la cabeza humilde y sumiso como un esclavo; por consiguiente bien podía mostrarse con él apacible y risueña..... ya no le tenía miedo: á la indignación había sucedido la benevolencia.....

La compasión no es ciertamente el amor; pero téngase en cuenta que no es usual compadecer á las personas que nos son de todo punto indiferentes..... Si el amor empieza

por algo, bien puede empezar por la compasión.....

No es esto decir que Magdalena se encontrara en el grave peligro de amar á Javier. Nada de eso..... en primer lugar, porque llevaba de continuo en su pensamiento y en su alma la imagen de otro hombre, que no es débil salvaguardia contra las fragilidades del corazón; y en segundo lugar, porque no era Javier el hombre que ella había soñado.

Al oír la respuesta de Magdalena, Javier se levantó y tomó su sombrero, conservándose siempre á una respetuosa distancia; y ella, al ver esta señal de despedida, preguntó con suma naturalidad:

— ¿Se marcha V.?

Y hé aquí una pregunta que también puede interpretarse de dos maneras.

Una: Ya se va..... ¡pobrecillo!

Otra: No se vaya V..... no le tengo miedo.

Javier le contestó:

— Sí, me voy; pero antes tengo algo que decir, y quiero hablar de pié para que ad-

viertas dos cosas: primera, que mis palabras serán breves; segunda, que estoy pronto á marcharme.

Allá en su interior sintió la hermosa huérfana cierta pena, y no pudo ménos de decirse á sí misma:

—¡Bah!..... Está enojado.

Dió el Duque á su semblante todo el aspecto de una resignacion tranquila, y con acento reposado comenzó á explicarse de esta manera:

—Los grandes sentimientos son los que inspiran las grandes acciones..... y no hay accion más sublime que el sacrificio. No se siente un amor tan grande para hacer infeliz á la mujer que lo inspira; se siente para hacerla dichosa; pues bien, serás dichosa á costa de mi felicidad..... ¿Qué exige tu dicha? ¿El sacrificio de mi corazon?..... Yo te lo sacrifico.

Así suele hablar la perfidia á la inocencia.

—Eso quiere decir..... preguntó Magdalena sin atreverse á formular todo su pensamiento..... ¿qué?.....

—Quiere decir que no hablemos más de mi amor. Ahora hablemos del tuyo.

—¡Del mio! exclamó ella.

—Sí, porque estoy dispuesto á vencer cuantos obstáculos se opongan á tu dicha..... No bajas la cabeza..... no me ocultes el rubor de tu rostro..... ya no soy tu amante..... quiero ser tu amigo, tu hermano, tu padre.

¡Un amigo, un hermano, un padre!..... Esto era un golpe hábil, era recordarle de nuevo la soledad en que se encontraba, el desamparo en que vivia..... era realmente poner el dedo en la llaga de su corazon; el éxito no se hizo esperar, porque Javier recogió de los ojos de Magdalena una mirada llena de gratitud, y prosiguió diciendo:

—Ante todo..... ¿te merece?

Preguntarle á una mujer más ó ménos enamorada, si el que es objeto de su cariño lo merece, es pura y simplemente preguntarle si la quiere, porque las demas cualidades el amor las supone. Cabalmente lo característico de ese sentimiento consiste en que no ve más que aquello que desea ver.

No quiso Magdalena eludir la pregunta, y contestó de pronto:

—Sí. Pero se corrigió inmediatamente, añadiendo: «Creo que sí.»

—Ahí no me es permitido llegar..... Si te equivocas será para tí y para mí una inmensa desgracia, pero no seré yo responsable de ella.

—¿Y qué he de hacer?..... preguntó con candorosa confianza.

—¿Qué harías si tuvieras que depositar tu fortuna, tus joyas y tus vestidos en manos de una persona desconocida?..... Es muy sencillo: te asegurarias de su honradez..... Vas á entregar tu corazón, pues asegúrate bien de la lealtad del hombre en cuyas manos vas á ponerlo.

—Sí, añadió ella, como queriendo confirmar la idea de su reciente amigo; sin creer no se puede amar.

—Tú, hija mía, dijo Javier con paternal acento, eres demasiado bella para que no te adulen, para que no te codicien; en una palabra, para que no te engañen. No te fies, pues, de las miradas que los hombres prodí-

gan á todas las mujeres, ni de las sonrisas que no cuestan más que mover los labios, ni de las palabras que el viento se lleva, ni de los juramentos que la inconstancia rompe.

—Entonces, preguntó Magdalena con impaciente inocencia, ¿de qué he de fiarme?

—Mira..... le contestó Javier, si te quiere se anticipará á tus deseos, porque adivinará tus pensamientos..... Siempre llegará ántes que tú al sitio en que hayais de veros, y nada en el mundo podrá detenerlo cuando tú lo busques, cuando tú lo llares, cuando tú lo esperes.

Estas últimas palabras hicieron volver la cabeza á Magdalena, no hácia Javier, sino hácia la ventana, que permanecía solitaria, y vió la cortina, que inmóvil continuaba diciendo: «Aquí no hay nadie.»

—Ahora, añadió el hermano de la Marquesa, oye mi última resolución: es el testamento de una pasión que ha muerto, la última voluntad de un amor que ya está sepultado para siempre.

Magdalena no se atrevió á despegar los labios, y él siguió diciendo:

—¿Es pobre?..... ¿es ésa la dificultad que os separa?..... pues bien, yo lo haré rico.

—No, exclamó Magdalena; no, eso es demasiado.

—¡Demasiado! repitió Javier con vaga sonrisa. Mi fortuna era tuya..... y debe ser vuestra. Además, desde este momento á mí todo me sobra.

Antes que Magdalena pudiera replicar, la cabeza de Juana apareció en la puerta, y una seña imperceptible hecha por Javier advirtió á aquélla que guardára silencio, y así lo hizo, bajando los ojos en señal de inteligencia.

Era la primera vez que Javier y Magdalena se entendían de este modo misterioso; era la primera vez que había entre ellos un secreto.

Juana entró diciendo:

—¿Aun estás con esa falda entre manos?

¿Qué quería decir con esta pregunta?..... ¿que trabajaba mucho ó que había trabajado poco?.....

Javier tendió la mano á Magdalena, en la cual ésta depositó la suya con natural confianza; más aún, con cariño, porque en aque-

lla tarde había pasado su ánimo respecto á Javier, del miedo al enojo, del enojo á la lástima, de la lástima á la admiración.

Ya no era á sus ojos el hombre temible, el hombre odioso; era su amigo, su hermano, su padre.

A Juana no se le escapó tan estrecha, tan cariñosa despedida..... y suspendiendo la falda del vestido en que Magdalena cosía, y mirando fijamente al hermano de la Marquesa, dijo:

—Vamos, veo que no has perdido el tiempo.

—Estas faldas, advirtió inocentemente su hija, tienen muchos puntos.

Javier añadió:

—Y me parece, que aunque lo principal está hecho, aún hay que dar algunos para llegar al último.

Juana se encogió de hombros, como diciendo:

—¿Ahí estamos?.....

Nuestro Duque bajó la escalera restregándose las manos, y echando esta cuenta:

«Si no vuelve á verla la olvidará, y ántes

de que acabe de olvidarlo es mia. Sí, va á acabar por adorarme..... La maña, no hay duda ninguna, vale más que la fuerza.»

Magdalena, por su parte, hacia el siguiente resúmen del estado general de su corazón.

Acordándose de Javier, decía :

«¡Qué generoso!.....»

Pensando en Miguel, exclamaba :

«¡Qué ingrato!.....»

Entre tanto, la ventana de la cortina negra seguía muda y solitaria.

CAPÍTULO IX.

Juega y pierde.

Llegamos á la puerta de una casa, cuyo aspecto debe inspirarnos consideracion y respeto.

Desde el portal ancho y desahogado que iluminan con profusion dos mecheros de bronce con la viva luz del gas invisible, se advierte que no es una casa cualquiera en la que pueda ser fácilmente violada la santidad del domicilio.

La escalera no es precisamente suntuosa, pero es una escalera ancha y cómoda que convida á subir por lo ménos hasta el primer piso.

No es necesario llamar á la puerta del cuarto principal de la casa, cuya escalera acabamos de subir, para que la puerta se abra, por